

## Santa Maria La Antigua es la Benefactora de la Raza

Este enunciado que a primera vista parece místico y quizá sin fundamento, nos conduce al estudio de una verdad histórica, no solamente de evidencia clara, sino de honor altísimo, y más aún, de imponderable gloria para Colombia; pues que las obras de la Virgen Santa, en su grandioso nombre de la Antigua, realizadas en la conquista, están vinculadas indiscutiblemente a nuestra raza, y especialmente a lo que se llamó Nueva Granada.

Santa María de la Antigua es una imagen en que la Virgen Madre aparece de pie y con manto largo que repliega elegantemente bajo sus brazos; lleva a su divino Niño en el izquierdo, y en la mano derecha una florecita con que le acaricia; en tanto que dos ángeles tratan de colocar sobre sus sienes la corona de reina, y otro ángel volando hacia la corona extiende una cinta en que se lee el saludo de honor que el arcángel le dio: «Ave María».

En el foro romano y en el sitio donde fue la biblioteca del emperador Augusto, edificaron una iglesia a Santa María, la primera que se levantó en Roma a la Virgen, y que fue denominada entonces Santa María la Antigua, para honrarla allí en una de sus primeras imágenes. El papa Juan VII adoptó aquella iglesia para capilla pontificia, mas habiendo venido a tierra por un terremoto en el siglo V, el mismo papa hizo levantar sobre tales ruinas un nuevo templo que se denominó «Santa María la Nueva»; así se afirma en *Roma Sacra*, obra publicada el año pasado y aprobada por el cardenal de Viena.

Un historiador español, don José Pallés, hablando de la Iglesia de Santa María la Nueva, en Roma, dice así: «Este templo de la Madre de Dios se levantó en

el emplazamiento del foro romano, donde Vespasiano tuvo un altar al sol y a la luna. Antiguamente tal iglesia recibía el nombre de Santa María la Vieja; pero el papa Juan VII lo hizo restaurar en 705 con el nombre de Santa María la Nueva. La imagen que se venera en lo más alto del altar, según es fama, se debe al pincel de San Lucas, y era la titular del templo».

Ahora bien, esta imagen de la Antigua de Roma, es por lo menos el modelo original de la Antigua que existe en Sevilla de España, y de quien algunos historiadores afirman que fue venerada y honrada allí antes que lo fuera la Virgen del Pilar.

En todo caso, lo que parece más aceptable es que la Antigua es el modelo ideado por San Lucas evangelista, como podría explicar más, si de esto se tratara.

Lo cierto y evidente es que en la nación española hay varios templos dedicados a la Virgen de la Antigua, aun desde tiempos muy remotos; mas, por lo que hace relación con la América, mencionaremos solamente tres: uno en Valladolid, costado por el Conde don Pedro de Asurez; otro en Granada, donde la imagen se veneraba por recomendación especial de los Reyes Fernando e Isabel, para asegurarse con su protección la posesión de sus reinos; y es fama, que la devoción de los granadinos a la Antigua, estaba en aquella época muy extendida por la provincia y sus comarcas. Allí Fernando de Aragón instituyó una orden militar de caballería con la denominación de la santa imagen, y los caballeros llevaban como insignia de la orden la efigie de la Antigua. El tercer templo es la catedral misma de Sevilla, ciudad de donde es patrona la Antigua y en donde empezó oportunamente su protección a los descubridores de la América.

El juicioso escritor Polo y Peyroló da pruebas fehacientes de que la veneración a la virgen de la An-

tigua es anterior a la invasión de los sarracenos; y cuando Abdelazis, hijo del rey sarraceno Muza tomó a Sevilla, y convirtió la catedral de ésta en mezquita mayor, presencié tales prodigios en la reaparición y renovación de la imagen de la Antigua que le obligaron a caer de rodillas ante la efigie de María. Afirma también Spinnelli, escritor serio, que en una aparición de la santa Virgen a Fernando, el santo rey de Castilla y de León, así le dijo: «En mi imagen de la Antigua tienes continua protección y por ella vencerás». Y efectivamente, poco después fueron los triunfos definitivos y la reconquista de Sevilla.

Finalmente, es tradición en España que los reyes católicos hacían llevar a los combates una imagen de la Antigua como prenda de victoria, y como a esta virgen atribuían todos sus triunfos, hacían presentar al pie del altar de Sevilla las cadenas, banderas, bajeles y trofeos en reconocimiento a los favores y protección que de continuo recibían de ella.

Y hemos llegado ya al punto que más se relaciona con nosotros, y que más nos interesa. El historiador Enrique Flórez relatando las dificultades y rechazos que sufrió Cristóbal Colón en varias partes en su empresa de descubrir el Nuevo Mundo, agrega: «Colón perdió las esperanzas, y entonces fuese triste a Sevilla; mas, desde allí hizo varias propuestas a distintos señores de bastante crédito». Hasta aquí Flórez. Seguramente tales propuestas fueron inspiradas, y hechas ante señores de la Corte.

Sebastián y Bandarán en el discurso de 1922, sobre Sevilla, es más preciso, pues dice así: «Los prodigios de la Virgen de la Antigua de Sevilla atrajeron a ella a Cristóbal Colón; y allí Santa María de la Antigua reanimó al despreciado navegante y ella movió el magnánimo corazón de la esclarecida reina católica a la realización de la magna empresa de los siglos».

Y esto debió ser efectivo, pues, cuando los reyes confirmaban a Colón los privilegios que le concedían, agregaban: «Esto para gloria de nuestra Señora que tenemos por Señora y abogada de nuestros fechos». Sin duda, tal señora era la patrona de Sevilla, era la Virgen de la Antigua.

La generosidad de Isabel debió ser luégo tan espontánea que Verdaguer en la Atlántida, pone en labios de la reina esta confesión:

*«Colón, mis joyas te doy  
Para que naves aprontes,  
Y yo me adornaré desde hoy  
Con violetas de los montes».*

Cuando el atrevido almirante y héroe de la civilización se lanzó a desconocidos mares distinguló la carabela en que montó con el sagrado nombre de «La Santa María», su protectora en Sevilla; y coronada su obra, y en la isla de Santo Domingo, la primera capilla allí levantada, dedicóla a nuestra Señora de la Antigua; capilla o Iglesia a donde más tarde Carlos V envió una imagen copia de la de Sevilla.

A propósito de esto, recuerdo que un notable escritor—el padre Félix Restrepo—hablando de que Colón y sus compañeros denominaron «Santa María» la carabela que iba a rasgar las nubes de lo desconocido, agrega: «la Virgen bendijo desde entonces la unión de las dos razas que iban a confundirse en el continente americano».

Y el famoso Carlos V de España, no solamente fue muy devoto de la Antigua, cuya imagen llevaba en sus estandartes, sino que además ordenó sacar varias copias de la de Sevilla, y enviar de ellas una a Cracovia, y distribuir otras a Santo Domingo, al Perú, a Canarias, a Panamá y a otros puntos del Nuevo Mundo. (Véase tomo IV de la obra mariana de Pallés).

Pero hay algo más que hace palpar la evidencia de

esta tesis: los conquistadores, y los aventureros mismos que de España vinieron a la América, traían en su corazón el firme amor a su predilecta Antigua, y en el ánimo la confianza plena de que ella protegería todas las conquistas; y con razón, pues ella era la patrona de sus Reyes; ella la que dio el triunfo español sobre los sarracenos; ella la protectora de Colón, el as de los héroes; ella la que les ayudaba a triunfar en tantos contratiempos y azarosos combates.

Hernán Cortés, el valiente, el colosal conquistador de Méjico, mandó levantar templos a la Virgen de la Antigua en Zempoala, Tabasco, Campeche, Cosumelos y Trascala. El atrevido Magallanes, después de su vuelta por el Cabo de Hornos, fue a Sevilla de España, con Sebastián su compañero, a visitar a la Virgen de la Antigua, porque, según el historiador Pegaffeta, ella fue su protectora.

Las imágenes de la Antigua dejadas en Sur América en tiempos de la Colonia por los conquistadores son un testimonio más: un hermoso retablo se halla en Quito, en la Iglesia de San Francisco; otro mejor, quizá el más grande que haya en América, se venera en la riquísima capilla, primera de la nave izquierda de la catedral de Lima, y frente a la capilla que guarda los despojos mortales de Pizarro.

Pero, más precisos, más gratos, más vallosos son los vínculos que unen nuestra amada patria a la prodigiosa Virgen de la Antigua:

Hallándose en inminente peligro de naufragar en el golfo de Urabá Nicuesa y Alonso de Ojeda, invocaron con fervor a la Antigua y ofrecieron levantarle una capilla en acción de gracias, si les concedía salir a tierra; la virgen los salvó y ellos cumplieron más tarde su promesa.

Tiempos después, en la lucha con los indios de la región del Darién capitaneados por el cacique Cemaco, y ante un número de más de quinientos combatientes

aguerridos, los conquistadores Balboa, Enciso y compañeros, hicieron voto de dar a la primera ciudad que fundaran el nombre de la virgen patrona de Sevilla, si obtenían la victoria. Alcanzada ésta, la ciudad fundada en 1510 entre los ríos Tanela y el Darién, hacia el sur del pueblo de Titumaque, recibió el nombre de «Santa María la Antigua del Darién»; allí se levantó el templo ofrecido, y dicho templo en 1513 fue consagrado como primera catedral entre nosotros a María Santísima, y en dicho año fue creada la primera sede episcopal colombiana con asiento en aquella ciudad: su primer obispo fue Fray Juan de Quevedo, franciscano, venido en la expedición de Pedrarias Dávila, el cual la administró cinco años y edificó allí, además, las iglesias de San Francisco y de San Sebastián. Mas, como este obispo no hizo la erección canónica, porque la bula de León X para esto no llegó a tiempo, correspondió al sucesor Fray Vicente de Peraza, dominico, quien la hizo en 1519, y tres años más tarde trasladó esta sede a Panamá. Tal fue la primera diócesis de Colombia.

De Santa María la Antigua del Darién salió la expedición de Balboa, quien divisó el mar del sur desde las cumbres del Chucunaque, y portaba un estandarte que por un lado llevaba el pendón de Castilla y por el otro la imagen de Nuestra Señora de la Antigua.

Al interior de Colombia fue traída también esta devoción española y así tenía que ser, porque la Antigua no sólo era la virgen de los conquistadores, sino la madre de las iglesias en honor de María en nuestra patria, y la protectora de la raza hasta en los últimos confines.

Especialmente en la región que fue dependencia del Zaque se tiene memoria de ella en varias partes: en Tunja hay en la iglesia de Santo Domingo dos retablos: uno grande, que fue pintado por mandato de un señor Roa y su esposa doña Juana Ruiz Cabeza de Vaca;

y uno pequeño que reposa en la nave izquierda en el altar de Chiquinquirá; en San Ignacio una regular imagen, que antiormente fue del Hospital; y otra, en fin, en Santa Bárbara, algo imperfecta, para quien hay constancia en el archivo, donó una señora española una finca para levantarle un altar, que no se hizo.

En el pueblo de la piedra de los jeroglíficos, Saboyá, visitado por algunos compañeros de Quesada, también aparece una imagen de la Antigua, que aunque viejita, es aún hermosa.

Debido, sin duda, a Gonzalo Suárez Rendón, que tenía su casa solariega en Aposentos, sitio muy cercano a Chiribí, pueblo denominado después Nuevo Colón, hay en tal pueblo antiquísima devoción a la virgen de la Antigua y se venera allí una bella imagen suya de retablo, de fondo y ropaje dorados, estilo bizantino, con fama de milagrosa, y del que se hace mención en el inventario parroquial de 1690.

Cosa singular!, que allí donde tanto se honra a Santa María de la Antigua se cambiara al pueblo el nombre indígena por el de Colón, confiadísimo devoto de la de Sevilla y de su Niño, a quienes el descubridor insigne invocaba frecuentemente con aquella su dulce y tierna jaculatoria: «Jesús y María nos acompañen en la vía».

Aún hoy día existen en Nuevo Colón, el antiguo Chiribí, las casas de Aposentos que muerto Gonzalo Suárez, el Cabildo de Tunja con aprobación de la Audiencia, donó en 1584 a doña Mencía de Figueroa, viuda de Rendón, y que ella vendió después al dominico Fray Juan Sánchez Melgarejo, de Tunja.

En cuanto a la romería perdura, y todavía conserva, su carácter de antigüedad:

Es un tercer domingo de enero, día en que allí celebran las fiestas de la Antigua; las campanas a vuelo anuncian el alba; los cohetes expresan la alegría de los moradores; la chirimía con su pili, richí, y el pum,

pum-pum de su atambor; los requintos, flautas y vihuelas, y las múltiples canciones originales a voces unísonas de los peregrinos, que sin cesar entran por las cuatro esquinas de la plaza, anuncian el concurso de la romería, el día de cita de los indios y los blancos, de la llegada de los circunvecinos y de los de provincias lejanas, de los campesinos ricos y de los pobres; día aquél en que unos con grandes cirios envueltos en lienzo blanco, otros con humildes cerillas en las manos; aquéllos estrenando jipas blancas, o gorras gachas de caña, éstos con algún pañuelo rabo de gallo al cuello, o una cinta azul con flor roja en el sombrero, vienen rebotantes de alegría a cumplir la promesa y a gozar de la visita religiosa para que han hecho ahorros en todo el año de trabajo; pues que esta es la jira o el paseo más sabroso del pueblo humilde, esta su aspiración anual.

Los promeseros pudientes llegan de a caballo: los hombres en potros o en mulares que manejan con riendas tiesas, y bozales o frenos viejos en que suplen con cabuyas las barbadas rotas o perdidas desde la romería anterior; y los estribos, uno más largo que el otro, llévanlos de ordinario asegurados con lazos; las mujeres arrellenadas en sillones u orquetudos galápagos y alguna flor en el sombrero montan yeguas perezosas y asustadizas, cuyos potricos en el bullicio de la multitud se meten por todas partes y se escabullan, perturbando éstos y aquéllas con sus relinchos agudos los acordes de las murgas alegres. Las gentes de más representación consiguen en algunas casas una sala o pieza para hacer allí su lugar de descanso, de guarda de los objetos de viaje, de dormitorio, de tocador para las jóvenes, de comedor y de salón para sus bailes y de despensa para los quesos tiesos y salones de corderos muertos; otros acomodan sus puestos en las trastiendas o cocinas viejas para dejar allí los arreos de ca-

mino, la humilde montura de turno, la petaca del avío, paños de lienzo, ruanas de abrigo y cobertores, y las niñas de la comitiva. Los pobres a veces se instalan en las afueras del poblado, donde bajo un solo y mismo techo meten la maleta que trae las gallinas muertas, la carne olorosa, las arepas tiesas, el tarro del ají, las alpargatas de camino, y el canastito de la mujer en que ella trae el rosario, un cristo, cabo de vela, fósforos, espejo, aguja e hilo grueso a prevención de un mal suceder, grano de sal y huevos cocidos, y en ocasiones ropitas para los niños de pecho que también vienen a conocer el templo y a la santa Patrona. Otros, en fin, toman por posada la plaza bulliciosa y por techo el amplio cielo, que a la noche Dios proveerá.

En seguida, en la más completa democracia, dirígen-se a la casa rectoral o del cura, a pagar la salve de regla y las recomendadas de los que no pudieron venir; a pedir los recuerdos y a preguntar allí por quien les encienda el cirio, la esperma o vela al pie del trono de la Santa Virgen. Y luego, como las abejas de viejo colmenar, entran al templo a ver a la Reina, a bendecirla, a contarle sus cultas y a pedirle protección; y todos, sin excepción, reverentes la dicen con grandiosa confianza: «Salve Señora de la Antigua, madre de misericordia».

Las horas de los peregrinos escapan allí felices: plegarias en el templo, bambucos en las calles, cantares en las posadas, obsequios en los toldos, cafés donde desmenucean masato y bizcochuelos, guarrús con almojábanas y empanadas con licor nacional, y surgen luego simpatías mutuas, que entre la gente menuda se traducen con miradas y regalos, y entre la mocedad alegre, con ojitos y sonrisas que van y vienen, y entonces principian las citas para el año siguiente o para la romería de otro lugar.

Allí todo es alegría, todo es vida: no hay espías, ni disgustos, ni ataques a la libertad, porque allí no

hay política; sólo les ha traído el amor a la Patrona de la Raza, que reconoce por hijos suyos a todos los que la sirven y honran al Divino Jesús. Tal es la romería; y así como ésta son de ordinario todas en Colombia.

En Cundinamarca también es conocida la benemérita Virgen de la Antigua. Hasta ahora sólo tres retablos he visto: uno perteneciente al Museo Nacional, anotado en el inventario Pombo hecho en 1889, y que hace algunos años sacaron de allí, y reposa hoy en la Escuela de Bellas Artes, es de corte dorado y sobre fondo también dorado y pintura bizantina; otro en el Seminario Conciliar, ricamente enmarcado y en cuyo pie se lee que es la Patrona de Sevilla; y el tercero, algo maltrecho por el tiempo, en el templo de Pasca, pueblo donde pasó su prisión el conquistador Lázaro Fonte, y donde hoy todavía se le venera.

Y qué bien y qué grato que en el Museo Nacional donde se guardan retratos de algunos reyes de España y de varios virreyes representantes suyos en la Colonia, y donde se exhiben con respeto los de los padres de la patria, de los héroes, de los sabios y de los benefactores de Colombia, hubieran también colocado nuestros antepasados el de *Santa María la Antigua*, la protectora de la conquista americana, la benefactora de la Raza! Con fundamento repetiremos lo que dijo un historiador: «Santa María de la Antigua es por justísimos derechos la Reina y Señora de las Iglesias de América», y añadiremos: los colombianos, agradecidos siempre y siempre nobles, que hemos adoptado para la patria el grandioso nombre del Almirante descubridor, deberíamos honrar a la prodigiosa Virgen de la Antigua, si no con un suntuoso templo, al menos haciendo que su imagen benemérita y querida ocupe puesto distinguido en la Basílica Primada y que vuelva su histórico retrato al Museo Nacional a un trono de honor como a Señora y Patrona de la Raza.

NORBERTO U. LOZANO  
Presbítero.